



DECLARACIÓN DE LA ACADEMIA EUROPEA DE YUSTE

Europa ante el envejecimiento demográfico

(12 DE OCTUBRE DE 2004. REAL MONASTERIO DE YUSTE)



Preámbulo

La Academia Europea de Yuste, en su sesión plenaria celebrada en el Real Monasterio de Yuste el 12 de octubre de 2004.

Acogiendo con satisfacción el aumento de la esperanza de vida, que representa un progreso importante para la humanidad,

Tomando nota de que el envejecimiento es un proceso que dura toda la vida y un desafío para cada persona, y, previsiblemente, un fenómeno irreversible,

Consciente de los profundos desequilibrios demográficos que suponen para nuestras sociedades el creciente número de ancianos y el número cada vez menor de jóvenes,

Considerando las tensiones que causa este proceso de envejecimiento tanto a nivel social como individual, tensiones que amenazan la calidad de vida de los mayores,

Recordando la necesaria solidaridad entre Europa y las demás regiones del mundo,

Hace pública la siguiente declaración, basada en el informe preparado por el Comité Asesor de la Fundación Academia Europea de Yuste (anexo I) y en las resoluciones aprobadas por organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, el Consejo de Europa y la Unión Europea.

La Academia,

Europa ante el envejecimiento demográfico

1. Rinde homenaje al papel beneficioso que desempeñan los mayores en nuestras sociedades;
2. Desea que todas las cuestiones demográficas se traten con pleno respeto de los derechos de la persona, es decir, su dignidad y su valía intrínseca, sin distinción por motivos de nacionalidad, raza, sexo o religión;
3. Reconoce la riqueza de conocimientos y experiencia que atesoran los mayores y cree que este potencial debería aprovecharse más para el beneficio común de la comunidad en su conjunto;



4. Cree que, en vista del coste que supone la atención a la salud de los ancianos, deben redoblar los esfuerzos para mantener a los mayores con buena salud el mayor tiempo posible, de modo que puedan seguir desempeñando una vida activa en la sociedad;

5. Opina que, aunque Europa necesita una corriente regular de inmigrantes, la inmigración por sí sola no puede ser la solución a los problemas causados por el creciente envejecimiento demográfico;

6. Reconoce que la familia de hoy se encuentra a menudo en crisis, pero al

mismo tiempo cree que la familia puede desempeñar un papel importante como núcleo de la solidaridad entre generaciones;

7. Cree que debe evitarse a toda costa el conflicto entre generaciones, que algunos han pronosticado, y que no deben descuidarse las inversiones a favor de los jóvenes;

8. Pide que los sacrificios que se exigen a todos, sean trabajadores activos o personas jubiladas, se repartan de forma solidaria a través del diálogo entre las partes interesadas;

9. Piensa que deben evitarse las soluciones fáciles mediante las cuales las generaciones presentes se libran de sus responsabilidades y las trasladan a las generaciones futuras;

10. Previene contra todo intento de dismantelar el modelo social establecido en Europa Occidental durante el siglo pasado, al que nuestras poblaciones se sienten apegadas;

11. Señala a la atención de la opinión pública europea estas cuestiones, que les van a afectar en el futuro;

12. Señala a la atención de los gobiernos y de las organizaciones internacionales una lista de medidas (anexo II), que, en opinión de la Academia, podrían contribuir a una solución de los problemas derivados del envejecimiento continuo de nuestras poblaciones.

Anexo 1 **Informe del Comité Asesor de la Academia Europea de Yuste** **sobre Europa ante el envejecimiento**

El sueño de la humanidad de alcanzar la mítica edad de los cien años es una realidad para 210.000 personas en todo el mundo, según un informe de las Naciones Unidas (ONU). Se prevé que esta cifra se multiplique por quince en los próximos cincuenta años, llegándose así a los 3.290.000. Los centenarios de la Unión Europea (UE) de los quince son, en la actualidad, unos 40.000, cifra que se duplicará cada diez años. El envejecimiento no es, en ningún caso, un fenómeno europeo, sino mundial, que está extendiéndose rápidamente a países en desarrollo como China o la India.

El fenómeno del envejecimiento es difícil de definir y ha evolucionado a lo largo de los años. Las expresiones *tercera edad*, para referirse a personas de 60 a 79 años, y *vejez avanzada (cuarta edad)*, para las de más de 80, son hoy por hoy bastante frecuentes, pero no reflejan la realidad de forma precisa. Los datos demográficos medios a menudo camuflan disparidades. Hay personas de 60 años que ya parecen *viejos*, mientras que otros, a los 70, pueden ser perfectamente capaces de continuar desempeñando sus actividades laborales. Un hombre puede precisar atención en una residencia de ancianos cuando cumple los 80, mientras que muchas mujeres de 95 viven de forma independiente en sus respectivos hogares.

Durante muchos años, el envejecimiento se atribuyó únicamente al descenso de las tasas de natalidad y fecundidad. Es cierto que la disminución de la tasa de fecundidad, fenómeno generalmente asociado al progreso, contribuye al envejecimiento de nuestras sociedades. En 2002, esa tasa era de 1,89 en Francia; 1,31 en Alemania; 1,25 en España y 1,23 en Italia. En la U.E. de los 15, la tasa media de fecundidad (1,49) está por debajo del nivel de reemplazo generacional (2,1) y la tasa de los diez nuevos miembros (1,24) sólo contribuye a empeorar la situación.

No obstante, el envejecimiento de la población europea – inevitable a largo plazo – puede también deberse al aumento extraordinario de la esperanza de vida al nacer, mayor en las mujeres que en los varones. La esperanza de vida al nacer comenzó a aumentar a comienzos del siglo XIX, al principio muy lentamente, se aceleró moderadamente en el paso del siglo XIX al XX y ha aumentado de forma galopante desde 1950. Este crecimiento está relacionado con una serie de factores que, según todas las previsiones, continuarán

actuando en el futuro (mejor alimentación, mejor higiene, progresos médicos, mejores condiciones en el lugar de trabajo, mejor educación e información, etc.). Determinados riesgos para la salud (tabaco, alcohol y otras drogas, obesidad) están comenzando a atraer la atención de las autoridades públicas, que intentan limitar el daño.

A modo de ejemplo, en 1980, la esperanza de vida en cuatro países grandes (Alemania, Francia, Gran Bretaña y España) era de 70,7 para los varones y de 77,4 para las mujeres. En 2002, las cifras aumentaron a 75,6 y 81,5 respectivamente. En dos décadas, pues, la esperanza de vida para los varones ha aumentado en 4,9 años; la de las mujeres en 4,1. Nada indica que esta evolución, positiva en sí misma pero que constituye todo un desafío para nuestra sociedad, vaya a detenerse pronto. La diversidad dentro de Europa se pone de manifiesto cuando se comparan datos medios recientes de la Europa de los 15 con datos de los diez nuevos miembros: 75,7 (varones) y 81,8 (mujeres), frente a 69,9 (varones) y 78,2 (mujeres). Los datos medios ocultan importantes diferencias sociales en lo que se refiere a la esperanza de vida. Las personas acomodadas y con formación suelen organizar mejor su vejez y viven más que las personas pobres y no instruidas. Éstas suelen vivir menos y salen más baratas a la sociedad, ya que se benefician de sus pensiones durante un periodo más corto de tiempo.

Una mayor esperanza de vida supone que un número cada vez menor de personas activas tendrá que sostener a un número creciente de personas jubiladas. Este fenómeno se acentuará aún más cuando la generación del *baby boom* alcance la edad de la jubilación. Puede que haya ligeras diferencias entre países, pero por lo general, el período 2010–2025 está empezando a ser considerado el de *los quince años peligrosos*. El desequilibrio entre población activa e inactiva se incrementa todavía más por una aparente paradoja: la vida saludable se está prolongando mientras que la vida laboral se está acortando. Los jóvenes comienzan a trabajar a los 20–25 años, o incluso más tarde a veces. ¡La vida laboral de los individuos, muchos de los cuales llegarán a los noventa, se reduce a apenas treinta años de actividad! Hace un siglo, la mayoría de las personas comenzaban a trabajar a los 15-16 años y dejaban de hacerlo lo más tarde posible: *el trabajo constituía la pensión de los pobres*. Cuando se crearon las pensiones a finales del XIX, la edad de jubilación se fijó en los 70 años, cifra que pocos tenían la oportunidad de alcanzar. El siglo XX se caracterizó por una larga lucha de la clase obrera por disminuir el número de horas de trabajo por semana (48 horas, luego 45 y finalmente 40, e incluso 35 en Francia) y por reducir el número de años laborables. La actitud reacia de muchos ante la propuesta de volver a aumentar este número es comprensible.

La situación presente no permitirá mantener las pensiones futuras en sus niveles de hoy, ni limitarse a la actual duración de la vida laboral, ya que eso es contrario a las reglas de la economía. J.M. Keynes afirmó: *La vejez es mejor que la alternativa, pero no necesariamente para la economía*. Estas palabras se remontan a 1937, cuando el estado de bienestar sólo existía en su fase de planificación. El cuello de botella financiero que provocan las pensiones se ve todavía más agravado por el hecho de que los mayores a menudo requieren más atención médica, en particular al final de sus vidas. No cabe duda de que son los progresos médicos los que, entre otros factores, han permitido prolongar la vida, pero la atención a la salud resulta cada vez más costosa (instalaciones muy perfeccionadas, mayores posibilidades de intervención, mejor información al paciente, etc.). En otras palabras, como dicen los franceses: *La santé n'à pas*



de prix mais elle a un coût". La salud no tiene precio, pero sí un coste. El déficit de las empresas de seguros médicos ha hecho que el estado de bienestar caiga enfermo.

La imagen de los jubilados europeos disfrutando un retiro de oro está ampliamente extendida. Es cierto que muchos de ellos tienen un poder adquisitivo desahogado, como pronto descubrieron los operadores turísticos. Generalmente ya tienen la casa pagada y a los hijos establecidos. No obstante, esta imagen se corresponde sólo parcialmente con la realidad. En primer lugar, porque no tiene en cuenta que muchas personas jubiladas, a menudo viudas, tienen que apañárselas con exiguas pensiones y tienen dificultades para llegar a fin de mes. En segundo lugar, porque pasa por alto la generosidad y la solidaridad de muchos mayores hacia sus hijos y nietos, a los que ayudan económicamente o de otros modos. Los mayores contribuyen mucho a mantener la estructura familiar. Por ejemplo, al ocuparse de los nietos, permiten que muchas mujeres puedan trabajar fuera de sus hogares. En las relaciones intergeneracionales, los mayores ayudan más a menudo a la generación joven que viceversa. En palabras de U. Lehr: *Una política para los mayores no debería venir determinada sólo por la pregunta: '¿Qué podemos hacer por los mayores?'. Habría que preguntarse también: '¿Qué pueden hacer los mayores por la sociedad?'*. Sin embargo, a menudo los mayores están marginados y se les deja de lado en nuestras sociedades.

*

Bajo el impulso de teorías y fuerzas diversas (el socialismo, el sindicalismo, la doctrina social de la Iglesia, las ideas del liberalismo inglés, etc.) las reformas sociales que se iniciaron en las últimas décadas del siglo XIX han derivado, hacia mediados del siglo XX, en la creación de lo que hoy se conoce habitualmente como el *estado de bienestar*. Se habla de un *modelo de Bismarck* o *modelo renano*. La diferencia en las denominaciones no debe esconder la unidad fundamental. En efecto, estrictamente hablando, no existe un *modelo social europeo*, ya que la historia de nuestras naciones es una suma de singularidades. Sin embargo, a lo largo de los años ha habido tal convergencia en las legislaciones sociales nacionales que las series de normas resultantes son, en muchos sentidos, características de conceptos asociados con Europa. La originalidad de este tipo de relaciones sociales –*la excepción social europea*– parece más clara cuando se compara con los modelos estadounidense, soviético o con los asiáticos. Nuestro modelo se halla hoy sometido a fuertes restricciones económicas y, aunque la gran mayoría de los europeos sigue muy apegada a él, es evidente que sólo puede sobrevivir si se cumplen dos condiciones: que se adapte a las realidades económicas y demográficas del recién nacido siglo XXI y que se mantenga la solidaridad entre los grupos sociales y las generaciones.

Anexo 2

Lista de medidas propuestas por la Academia

La situación actual exige una actuación rápida. Los demógrafos y los economistas han proporcionado minuciosos análisis y han propuesto soluciones que no siempre van en la misma línea. Los políticos son reacios a actuar, lo cual es comprensible, ya que las soluciones contempladas para llegar al fondo del problema no son populares. Recientemente, sin embargo, se han realizado algunos esfuerzos muy tímidos, pero importantes, en Alemania, Francia, Italia y Suecia. No será posible garantizar las pensiones ni los cuidados de salud en el futuro sin una serie de medidas dirigidas a mantener el crecimiento económico y a aumentar el número de personas activas.

1) En toda Europa, las autoridades están considerando prolongar la edad de jubilación. En la Cumbre de Lisboa (2000), los Jefes de Estado y de Gobierno europeos se plantearon un objetivo ambicioso: aumentar las tasas de población activa hasta el 60% para el 2005 y hasta el 70% para el 2010. En la Cumbre de Estocolmo (2001) se planteó elevar el empleo en el grupo de 55 a 64 años hasta el 50% para el año 2010 – todavía muy por debajo del objetivo inicial. La tasa media actual en la Unión Europea (UE) es de 40,6%, siendo de 53,3% en el Reino Unido, 39,7% en España, 38,4% en Alemania, 34,2% en Francia y 28,9% en Italia. La Comisión Europea desaconseja con firmeza la práctica de la jubilación anticipada. Las tasas de Suiza (71%) y Noruega (72%) muestran que es posible avanzar en la materia.

Las tasas de población activa deben elevarse urgentemente con el fin de aumentar las contribuciones que sostienen las pensiones de quienes por su edad o por su estado de salud no están en condiciones de seguir trabajando. No cabe duda de que no sería aconsejable recurrir a medidas de austeridad, ya que el derecho a la jubilación es un derecho básico por el cual lucharon con ahínco nuestros antepasados. Es importante que las condiciones de aplicación sigan siendo flexibles. Los trabajos más laboriosos y exigentes, menos frecuentes hoy que en el pasado, requieren condiciones especiales, especialmente para los trabajadores manuales.

Las reformas basadas exclusivamente en criterios de rentabilidad económica podrían provocar un rechazo generalizado. Tomar medidas únicamente a costa de los trabajadores, como por ejemplo un aumento de la edad de jubilación para todos al tiempo que se reducen las pensiones, se vería como una injusticia. Se puede estimular a la gente a permanecer más tiempo empleada ofreciéndole la posibilidad de mejorar las pensiones y ofreciéndole más empleos a tiempo parcial.

2) También es esencial desarrollar el empleo de la mujer mediante la creación de más guarderías y centros de día. La tasa media de empleo femenino en la UE (2002) es de 55,5%, con Alemania (58,8%) y Francia (56,4%) a la cabeza y con España (44%) e Italia (41,9%) a la cola.

3) Asimismo, habrá que alentar a los jóvenes a que comiencen a trabajar antes. La creación a nivel europeo de una diplomatura con sólo tres años de estudios académicos constituye una iniciativa interesante en este sentido.

4) La inmigración es evidentemente un medio eficaz de aumentar la población activa. No obstante, también entraña problemas, en particular el de la integración. La inmigración cero, según sostienen algunos, resulta inaceptable tanto desde el punto de vista humano como económico. Pero, ¿ayudará la inmigración a aumentar las tasas de natalidad y a contrarrestar el déficit de población autóctona? El hecho de que las tasas de fecundidad de las inmigrantes sean más altas que las de las autóctonas podría indicarlo. No obstante, los inmigrantes también se hacen mayores y alcanzan la edad de jubilación, y además en la segunda generación tienden a adoptar las pautas reproductivas europeas, con una tasa de natalidad baja. La consecuencia será una nueva llamada a la inmigración.

5) En vista del alto número de ciudadanos mayores resulta necesario adaptar el entorno a sus necesidades, desde el transporte a los trámites administrativos, pasando por la accesibilidad a los edificios y la disponibilidad de productos en envases individuales en los supermercados. Los fabricantes de coches deben pensar un poco más en los muchos ancianos que siguen conduciendo – quienes causan menos accidentes que los jóvenes –, adaptando los vehículos a su movilidad, que es tan importante para que se sientan realizados.

6) Es esencial posibilitar que los mayores sigan viviendo en su entorno habitual. Incluso en la vejez avanzada, muchos prefieren vivir en casa y pueden hacerlo con la ayuda de programas de “comidas a domicilio”, visitas de trabajadores sociales (particularmente para la higiene personal); etc. Las actividades físicas y mentales de los mayores también han de ser desarrolladas mediante la creación de las instalaciones necesarias al efecto. Estas medidas costarán menos a la sociedad que forzar prematuramente a los mayores a ir a residencias u hogares de ancianos. En la mayoría de los países europeos, la gerontología y la geriatría están insuficientemente desarrolladas tanto desde el punto de vista de la educación universitaria como desde el de la formación continua de médicos y otros profesionales.

7) Con la prolongación de la vida aumentan los gastos en salud, sobre todo durante los últimos años de vida. ¿Aumentará el número de personas que requieren cuidados constantes al mismo ritmo que la cifra de personas de más de 65 años? No necesariamente. En la actualidad, la mayoría de los octogenarios es capaz de llevar a cabo sus tareas diarias satisfactoriamente, con la discreta asistencia de la familia y de las autoridades públicas. Los casos de discapacidad aumentan sobre todo cuando el anciano supera el umbral de los 85. Por lo tanto, es absolutamente esencial garantizar que estas personas estén en las mejores condiciones hasta el final de sus días.

Teniendo presente este objetivo, será necesario establecer un ambicioso programa de prevención y de rehabilitación, que permita reducir el número de personas discapacitadas o retrasar la fase de discapacidad a la última etapa de la vida. Según estudios recientes, hoy los mayores se mantienen en forma más tiempo. La frecuencia de enfermedades relacionadas con la vejez está en descenso. En cualquier caso, los cuidados constantes para personas discapacitadas supondrán una grave carga para los presupuestos de las compañías de seguros de salud, aunque probablemente menor de lo que sugirieron algunas previsiones.

Con la ayuda de la familia, los servicios ambulatorios serán, en muchos casos, suficientes durante mucho tiempo. No obstante, para las familias con uno o dos hijos, la tarea será cada vez más difícil, ya sea porque hijos y padres vivan en ciudades diferentes, porque la carga resulte demasiado pesada para el hijo único o porque el hijo ya esté también jubilado. El cuidado de los progenitores mayores es una labor que, en última instancia, recae en las mujeres. Las autoridades públicas no podrán apoyarse tanto como antaño en la disponibilidad de la familia. Por consiguiente, resulta inevitable el traslado de la persona mayor a una residencia de ancianos o a otro tipo de alojamiento.

8) Queda una última medida, de la que cabría esperar mucho a primera vista: el aumento de la tasa de natalidad. Desde la década de 1970 (y en algunos países como Francia, desde la de 1940), la mayoría de los países de la Europa occidental han establecido políticas para aumentar las tasas de natalidad y fecundidad, sin conseguir invertir la tendencia, pero no sin resultados, como en el caso de Francia. Es indiferente verlo como medio fracaso o medio éxito. Se debe seguir promoviendo el aumento de las tasas de natalidad, no sólo con medidas financieras sino también con planes que de verdad se ocupen de la infancia y de la juventud. Sólo de esta forma se impedirá que la proporción de menores de 20 frente a la de mayores de 60 siga empeorando. No debemos olvidar que, por primera vez en la historia de la humanidad, la tasa de mayores será más alta que la de niños y adolescentes. Esto no debe constituir una razón para sacrificar los intereses de la generación de los jóvenes.

Es obvio que el progresivo envejecimiento de la población no sólo será caro para las autoridades públicas, sino que también exigirá considerables esfuerzos financieros tanto a la población activa como a los jubilados. Ya se ha hablado de medidas tales como aumentar la edad de jubilación, reducir las pensiones e incrementar las cotizaciones y la capitalización. No obstante, estas medidas las aceptarían más fácilmente los grupos de ingresos elevados que los de ingresos bajos. ¿Acaso deberían las autoridades, en aras de la justicia social, incentivar el ahorro y gravar una parte de los fondos de pensiones con el fin de distribuir mejor la renta entre los jubilados?

Real Monasterio de Yuste, 12 de octubre de 2004

